

Núm. 47.

EL DELIRIO,
ó
LAS CONSECUENCIAS
DE UN VICIO.

ÓPERA CÓMICA.

COMPUESTA EN FRANCES
POR EL CIUDADANO R. ST. CIR.

Y LA MÚSICA
POR EL CIUDADANO BERTON.

CON LICENCIA:

EN VALENCIA:
POR JOSÉ FERRER DE ORGA.

AÑO 1816.

Se hallará en la misma imprenta calle de las barcas número 13: como tambien un gran surtido de comedias antiguas y modernas, tragedias, autos sacramentales, piezas en un acto, saynetes y unipersonales.

PERSONAS.

Eugenio.

Fernando.

Madama Volmar

Clarisa.

Matilde.

Jorge.

Pedro.

Aldeanos de ambos sexos.

El teatro representa el parque de la casa de campo de Madama Volmar cerca de la ciudad de Mantes del Sena: á la izquierda se descubre un brazo del rio, cuyas orillas hermosea el verdor del campo: mas allá unos cuantos sauces de judea, y entre los arbustos algunas rosas que rodean una urna de marmol consagrada á la memoria de Verther: detras un puentecillo de madera, sobre el brazo del rio que atraviesa el parque, y hácia el fondo de un bosquecillo: á la derecha un gran pavellon algo elevado, y cuatro ó seis escalones para subir á él; y á lo lejos otro pavellon en forma de cabaña.

NOTA. Habiendose variado, como sabe el público, la letra de la música de esta ópera, despues que corrió por algun tiempo la primera, y fué aprendida de casi todos los aficionados; para que estos tengan el gusto de poseer una y otra y compararlas, nos ha parecido imprimir la pieza con la letra antigua, segun se habia hecho en otras ediciones, y añadir al fin la moderna, marcando con números la correspondencia entre los diferentes trozos de esta y aquella.

EL DELIRIO, Ó LAS CONSECUENCIAS DE UN VICIO.

Varios criados de la casa, labradores y mozos de la aldea, jugando á los bolos, á las bochas, y á los naypes: algunas aldeanas cogiendo flores; unos beben, otros baylan, y todos están en movimiento.

(Nº I.)

CORO DE ALDEANOS.

Cantemos, juguemos,
bebamos, amemos,
y viva el placer;
pues hoy es el día
de amor y alegría,
que viva el placer.
Un Labrador. Para ser venturoso
en el amor y el juego,
con el zagal ayroso
debe unirse la hermosa
que inflama el niño Dios.
Las Aldeanas. Si para ser dichoso
Dando el brazo á los mozos.
es preciso ser dos....
Uno. Dos.... tres.... por tierra.
Jugando á los bolos.
Otro. Yo soy primero.

A las bochas.

Otro. Diez: yo he ganado.

A los dados

Todos. Cuánto dinero!

Sale Madama Volmar.

Madama. No juguéis, amigos míos,

A los hombres.

si de Eugenio amais la vida,
que de una esposa perdida
llora la muerte cruel.
Victima fatal del juego,
sin esperanza suspira,
gime, solloza, delira,
y aborrece cuanto ve.

Todos. Ah! perdone Vmd., señora,

Dejando sus juegos.

que ignorábamos su pena;
retirémonos ahora,

no irriteemos su dolor.

Se alejan pronto.

Madama. Idos, idos en buen hora,
y no irriteis su dolor.

Sale Pedro con las polaynas cubiertas de polvo, y al entrar en la escena, arrima el palo á cualquier parte.

Pedro. Perdona Vmd., señora, si durante mi ausencia han entrado en el parque los mozos de la aldea: hoy es su fiesta, y no todos saben las penas que Vmd. siente.

Madama. Basta, amigo mío: y bien, que has averiguado?

Pedro. Nada, señora, nada absolutamente. Yo he recorrido las aldeas vecinas, las casas de los labradores que cultivan las orillas del río, y nadie ha oído ni visto á Madama Clarisa.

Madama. Regocijaos, hombres viciosos! Ve aquí las consecuencias de vuestro proceder! Ve aquí las consecuencias del juego! Mi desgraciada hermana, precisada á seguir á su padre en un viaje á las Islas de América, deja en París á su esposo Eugenio, dueño de sus cuantiosos bienes, para continuar un pleyto de consideracion, y concluir la educacion de un hijo que adoraba. Fatal imprudencia! La infeliz vuelve, y se halla sin marido, sin hacienda, sin hijo... cuanto dolor para una madre! Ay, Pedro! Ay! no hay duda... ella ha ejecutado su funesto designio.

Pedro. Señora, yo ire al cabo del mundo por servir á Vmd.; mas para decir lo que pienso, todo será en valde...

Señalando el pavellon de los escalones. La locura de su hermano de Vmd. de quien yo cuido; sus gritos, su desesperacion, sus movimientos para detener á su muger, como si la viera precipitar, la mania de buscarla en las aguas del río todos los días á las dos

de la tarde; todo esto indica que ha sido testigo de su pérdida; si, su hermano de Vmd. no la puede olvidar; y esta memoria le aflige de continuo...

Enterneciendose cada vez mas.

Desgraciado señor! Yo me acuerdo aun como se presentó hace ocho dias, cuando le trajeron aquí: bañado en lágrimas, fuera de sí, la carta de despedida de su pobre muger en la mano, y sin poder proferir mas palabra, que *ahogada! ahogada!* Todos lloraban y esperaban al mismo tiempo: solo yo... ah! yo solo no tenia esperanza ninguna.

Madama. Sensible y virtuoso Pedro, yo te le recomiendo. Nosotros somos los únicos amigos que le compadecen... El padre de Clarisa está en América: Adolfo su hijo ha muerto: ay! el cielo le quitó en su venganza este solo y último bien; y ya no le quedan mas que lágrimas...

Pedro con viveza. Y una hermana respetable... *Da la una.*

Pero ve aquí la hora precisa en que debo asistir á su lado: Ah! señora! crea Vmd. que la dejo por servirle mejor.

Madama. Vete, amigo mio. Observa el régimen que se ha prescrito: cuidado, atencion, dulzura, ejercicio; llevale por los campos, y que suba contigo á la cima del monte, para gozar de aquella atmósfera serena y pura, que tranquiliza el corazon y consuela el alma, elevandola hasta su último asilo; pero sobre todo á las dos de la tarde, hora terrible en que busca á su esposa por estas orillas, hora terrible en que piensa ver la sombra de Clarisa junto á esta urna consagrada á Verther, vuelve á su alvergue, y no

Volviendole á llamar.

le abandones. Ah! que se me olvidaba. Hoy es la festividad de la Aldea, las visitas estrañas me incomodarán, conque así que nadie mas que mis criados

y familia entre á verme: vete, pues, á ver á mi hermano... vete; pero sobre todo, te lo encargo de nuevo, no te separes de él ni un momento.

Se va por el lado de la casa, y salen Fernando y Jorge.

Pedro. Oh, oh, vaya Vmd. sin cuidado, que yo quiero bien á su hermano de Vmd.: vamos allá... (*para sí.*) vamos á ver á mi pobre loco, los ojos ardiendo en fuego vivo, dibujando en en la pared las facciones de su infeliz muger, mirándome sin verme, sin hablar... ay de los que no entienden este silencio! Y ay del hombre que le precipitó en su desgracia!

FERNANDO CANTANDO EN VOZ BAJA.

Beber, jugar,
gozar, no amar;
vé aquí el supremo bien.

Amigo, enseñame el aposento de Madama Volmar, que quiero hablarla de un negocio importante.

Pedro. Siento decirle á Vmd. que no recibe á nadie.

Fernando. Oh! tu la dirás que es Fernando... *Lleno de confianza.*

nando su primo quien quiere verla; y... vamos, corre que aquí te aguardo.

Pedro. Su primo!.. puede ser, pero temo que no se parezcan en el buen corazon.

Vase á la casa.

Fernando. El caserío me parece lejano: dos plazuelas y una larga alameda! Aguardemos aquí. Jorge, toma en tanto un caballo de los que he dejado en el pueblo, corre á la alquería de Croasi, traeme noticias de nuestra hermosa desesperada, y vuélvete al instante.

Jorge. Mi amo sabe que yo le sirvo con exactitud y viveza.

Fernando. A la vuelta harás lo que te he
Con precipitacion.

dicho. Pregunta primero por Eugenio, que se ha desterrado á este desierto, y de quien no he sabido mas despues de sus pérdidas: á las tres nos iremos:

llego á París á carrera abierta : entramos en el paseo el alazan y tú; apuesto doscientos luises , los gano ; á las siete á beber al salon : venga aquí vino de los dioses ; empieze la banca; juego, gano, arruino á mis amigos; desde allí me marchó á la Ópera, junto mis jugadoras , me encargo de las mas bonitas , aparto las viejas , echo á los maridos ; á las once vuelta á la banca , á las tres al parar ; dormir cuando se pueda , gozar y divertirse siempre. *Fuera de sí de gusto.* Amigo Jorge , mi alazan y tú sois dos personas incomparables : cuanto te quiero , hombre ! y cuanto quiero al alazan !

Jorge. Al alazan bien puede ser : pero á mí , no lo creo.

Imitando la precipitacion de su amo. Yo he venido á servir á Vmd. por un cambio que hizo con un caballo tuerto , por el cual me dió mi primer ano encima : todos los dias en el paseo apuesta Vmd. á quien mas corre el caballo y el postillon á un tiempo ; si me caygo y me rompo una pierna , yo pierdo ; si yo gano , Vmd. cobra ; si pierde Vmd. al juego , yo sufro el mal humor , y algun palillo de cuando en cuando ; si gana Vmd. , se va en casa de su baylarina á depositar para siempre el dinero ; y yo á la puerta hecho una cantimplora puesto á enfriar , gano por mi parte un resfriado , ó una buena pedradá ; gracias á lo mucho que me quiere mi amo. Vamos , que esta es una vida de mil demonios , de mil demonios seguramente.

Fernando. Vaya hombre , que yo me encomendaré ; ya no jugaré mas : así como

Riendose.

así cuando pienso en el pobre Eugenio , arruinado y sin recurso alguno , á fe mia que me enternezco : luego , hombre , tengo un proyecto.... aquí si , aquí

Con prontitud.

estarás contento.... Pero á proposito....

y mi accion generosa del otro dia? Jorge. Oh , ciertamente ! Aquella fue una accion muy humana ! Mucho ; y

Con viveza.

por eso mismo quiero ir á lo que Vmd. me manda : voy por el caballo. Vive Dios , que una buena accion me pone ligero como una pluma , y me da brio para que ganemos todas las apuestas del mundo ; pero no mas banca ni treinta y una , ni parar , ni demonios : hay ciertos jugadores , así como Vmd. , buenos , compasivos y liberales ; pero hay otros que... Dios nos libre.

(Nº 2.)

RECITADO.

La juventud es loca : pero el amor disculpa su locura , y luego hay tanto , tanto marido manso , bueno y compla- y por dichosa estrella (ciento, tanta muger , tan fácil y tan bella!

A R I A

El birlan , ese juego maldito , veces mil fue de Vmd. perdicion : el que juega se lleva la plata , la que juega lleva el corazon.

Mas si falta el dinero y la suerte , á Dios juegos , amigos y amor : la coqueta nos dice : *yo paso* ; y el amigo nos dice : *no voy*.

Desposáos , señor , y creedme ; una esposa , un amigo de honor valen mas que el birlan y el cortejo , engañosos en naypes y amor.

Este mundo es un juego continuo , en que hay bueno , en que hay malo y peor :

el placer siempre dice : *yo paso* ; el honor solo dice : *yo voy*. *Vase.*

Fernando. Oyes , corre á Croasi , y vuelve al instante : rebienta el caballo.

Sale Madama Volmar.

Madama. Caballero , es Vmd.... Quien ? Fernando ! No puedo contener mi cólera ! Volvámonos.

Fernando. Como? Tambien mi prima me despide con ceño! No ha recibido Vmd. una carta mia, ni tampoco Eugenio? Yo al ménos no he tenido respuesta, y este silencio es incomprendible para mí. Absorto de su ausencia y de su repentino desaparecimiento, vengo en nombre de la sociedad á informarme de las circunstancias de su fuga, y á consolarle en su tristeza; y para eso me anticipo á Madamas de Vermont y Berville, que vienen á visitar á Vmd.

Mada. Como? Unas mugeres que apenas conozco, y autoras de las desgracias de mi familia! Venís quizá á atormentar, y á insultar á vuestra infeliz víctima?

Fernando. Nuestra víctima! Víctima mia! Que? Por haber introducido en la sociedad á un amigo... porque este amigo se arruina en una partida de juego sin consideracion ni juicio... Yo le compadezco; pero no puedo responder de los caprichos de la fortuna; ni de los celos de su muger, á quien yo no conozco; pero que todos tienen por una loca...

Madama. Detente, insensato! Esa locura es... es la muerte! Conoces á la muger á quien ofendes? Sabes quien es? Ah! Esta desventurada es una madre sin consuelo, que clama por su hijo; una esposa bella y respetable, á quien has robado todos sus bienes, y el mayor de todos en el cariño de su esposo; es un ángel, en fin, sacrificado á vuestros vicios, á quien acabais de asesinar.—Sí, hombre cruel, ha muerto por culpa de vosotros.

Fernando. Cielos! Y es posible que todos ignoremos.... la muger de Eugenio.... que apenas ha llegado á su patria... antes que la hayamos ninguno visto...

Madama. Ha finalizado sus días con una catastrofe horrible; y Eugenio, el infeliz Eugenio delira de continuo; de modo que no hay esperanza de

que jamas recobre su juicio.

Fernando. Será posible! y que indicios! *Madama.* Que indicios! Ah! Toda la naturaleza ha perdido á sus ojos su regularidad y sus gracias. Todo cuanto vé le recuerda su ruina irreparable, y la pérdida cruel que ha hecho su corazon.

(Nº 3.)

C A N T A.

Las rosas cándidas
son á sus ojos
duros abrojos;
el dulce céfiro
es el lamento
de su tormento;
la lluvia plácida
del cielo santo
es solo el llanto
del padecer.

A pena y crímenes
juzga que guía
la luz del día;
la noche lóbrega
es luto eterno,
y horror de infierno;
la vida efímera,
de jóven rosa
la de su hermosa
triste muger.

Su rostro lívido
piedad inspira
á quien le mira,
que si un frenético
fuego le inflama,
aun siente y ama:
y aquellos bárbaros
que le perdieron,
solo aprendieron
á aborrecer.

Fernando. Yo aborrecer! Ah! eso no; crea Vmd...

Sale Pedro que baja con precipitacion la escalera del pavillon de Eugenio.

Pedro. Aprisa, señora, retirese Vmd., yo no he podido detenerle; hoy está mas furioso que nunca, ha forza-

ó las Consecuencias de un vicio.

7

Poniéndose la mano en la frente, como que sufre algun dolor.

do la puerta de su habitacion, y por la primera vez su mano... Ah! yo le perdono.

Se entenece.

Madamz. Pobre Pedro!

Pedro. No, no señora, solamente en el corazon he sentido sus golpes;

Señalando.

por que solo aquí puede herir la cólera de los desventurados. Pero vayanse Vmds.

Fernando. Al contrario la voz de un amigo...

A Madama.

Madama. No, Fernando, su estado, su violencia... fuera de que él necesita de reposo, y tu vista...

Fernando. Obedezco, y me alejo; pero permaneceré dentro del parque.

Vase hácia el bosquecillo, y los demas se alejan.

Una música melancólica, cuya intension aumenta por instantes, y termina con un ruido horrible, anuncia la venida de Eugenio. Este baja al teatro desabrochado el cuello, el pecho descubierto, una media caída sobre el zapato, erizado el cabello, y un retrato colgado al cuello con una cinta negra.

Eugenio. No era la voz de un jugador la que oí aquí, aquí mismo? Qué quieren de mí! Me vienen á buscar en esta soledad, y á robarme el único bien.... que me queda! Este villete de mi Clarisa.... Escuchad, asesinos.... «En fin, Clarisa ha perdido tu amor, ha perdido á su hijo, y cuanto amaba en el Universo: yo muero por mi mano.... por la tuya, hombre cruel! Un nombre supuesto, y las aguas del Sena ocultarán eternamente mi desesperacion, y tu crimen! A Dios!... Ay! Derrama una lágrima, una lágrima sola, y me perdono.” Ve aquí una letra,
En este momento piensa ver una letra de cambio.

hombres insaciables, que ya ha pa-

gado con su vida. Ya habeis cobrado esta letra de cambio, qué quereis mas de mí? Dinero? no le tengo.... amigos? Tampoco! Lágrimas?

Sollozando.

Ah! siempre! Tomad, cobraos en ellas, y os pagaré toda mi vida. Pero.... donde se han ido? Sus voces habian resonado en mi habitacion... pero me engañé! No, allí están,

Gritando repentinamente.

allí están.... Siempre he de ver
Al decir esto se acerca á los arbustos que hay por el parque, y aparta las rosas con horror.

ante mis ojos esta flor odiosa! Vé
Su rostro se anima con el recuerdo de sus antiguos pasatiempos.

aquí, pues, el teatro de sus delicias. Ya los veo, los veo juntos....

Con una risa horrible.

brillando de alegría.... nadando en el oro.... embriagándose en la copa de los placeres. Deteneos!....
Su rostro se cambia en terrible, y grita.

Ese oro.... es la sangre de vuestras víctimas! Ese néctar.... las lágrimas de vuestros hijos.... Quereis jugar? Pues bien, yo os daré naipes, y naipes que hablarán. En ellos grabaré el robo, el suicidio, la rui-

Retrocede temblando.

na, la maldicion, la desolacion de las familias. Venid á jugar sobre la sepultura de vuestras víctimas, so-
Despues de una pausa, y mirando la urna.

bre vuestros mismos delitos. Que vengan á jugar sobre la tumba de mi Clarisa.

(Nº 4.)

RECITADO MELODRAMA.

Clarisa mia! Vé aquí donde vendrá
Se llega á la urna.

esta tarde.... cuando las ondas me la devuelvan.... aquí nos reuniremos los tres para siempre!... Este már-

mol frio.... Será un volcan entonces!

Abraza la urna.

Oh cielo! Ya, ya abrasa la urna!
*Baja con prontitud al collado en que
está la urna.*

RECITATIVO.

Mi corazon la abrasa con sus llamas:
el alma de Clarisa,

desde ella sube al merecido cielo

con venturoso vuelo,

y en él las flores celestiales pisa!

Ah! Yo te sigo, esposa!

qué morada apacible es la que miro?

Qué bálsamo respiro?

Y que agua es esta, que de rosas baña

los pimpollos modestos?

Ah, que los llantos del amor son estos!

El virtuoso amigo

asi recoge de su amigo el llanto.

Y lo derrama aquí.. mas, oh portento!

que del tranquilo rio

sale Clarisa, y cesa el dolor mio.

A R I A.

Si hay alguna morada
para el hombre dichoso,

es donde está su amada;

allí solo el reposo

hallará, donde habitan

inocencia y amor.

Si el Dios á quien adoro

en su seno clemente,

recoge al inocente

despues del padecer;

allí veré á Clarisa,

allí la espero ver.

*Sale Pedro. y se queda detras de
Eugenio.*

Pedro. Vuelva Vmd. en sí, querido
señor. Si Vmd. supiera cuanto me
alegro cuando le veo!...

Se tranquiliza poco á poco.

Eugenio. Ah! Eres tu, Pedro? Ahora
estoy tranquilo, tranquilo enteramente.
Pedro, me parece que hoy
no ha sido mi delirio tan largo como
otros dias: no es verdad?....

Escucha: yo quiero aprovechar un

momento en que me hallo en mi
sano juicio, (aunque mi vista está
*Sus ojos aun manifiestan el desorden
de su cerebro.*

bastante turbada todavía) para
hacer una súplica.

Pedro. Diga Vmd., y verá que pres-
to....

Eugenio. Amigo mio, único amigo
mio!.... Me parece que ahora poco,
cuando me comenzó el delirio, te
dí un golpe.

Pedro. Qué? No señor; si no fué nada;
Tapándose con prontitud la frente.

una amenaza por casualidad....

Eugenio. Sí, sí: esta frente acardena-
*Indicando la frente de Pedro, que
besa con ansia.*

lada.... Yo he herido á mi hermano!

Á mi amigo! Perdóname! Mi corazon

Con vehemencia.

no desvaria.... la cabeza puede deli-
rar; pero el alma inmortal y re-
conocida... Oh! Yo lo conozco, buen

Con ternura.

Pedro! Y yo te lo suplico: cuando
veas que mi cabeza.... ah! no ten-
gas entonces piedad; enciérrame,
amigo mio, enciérrame.

Pedro. Y lo podré yo hacer, cuando sus
ojos de Vmd. arrasados en lágrimas....

Enternecido.

Eugenio. No los mires entonces.

Con viveza.

Pedro. Los ruegos de Vmd....

Eugenio. No los escuches.

Pedro. Las manos de Vmd. puestas en
cruz, y suplicando....

Eugenio. Atalas entonces, átalas.... Que
Con toda la energía de la sensibilidad.
no siempre tenga yo la desgracia de
ser ingrato!

Pedro. Noble corazon!

Eugenio. Pero sobre todo, en aquel ins-
tante fatal aléjame de mi hermana....
bien sabes cuanto la quiero. No la
aflijamos de continuo.

Empuja á Pedro.

Pedro. Señor!

Eugenio. Perdona: me pareció que eras
Empieza de nuevo su delirio.

Fernando. Ya sabes que entonces....
pero ahora no me engañaría.

Sale Fernando hacia el foro, y se
aproxima, aunque Pedro le hace
señas de que se retire.

Fernando. Parece que no está muy fu-
rioso: provemos.

Aumentándosele el delirio mas y mas.

Eugenio. Oh! No, ahora no me enga-
Cambia de color repentinamente.

ñaría. Yo no se lo que siento.... Es-
Ase á Fernando, que se halla cerca-
no, y le habla sin verle.

cucha. Ha entrado quiza?... Ah!
guárdate de él! Tú tienes hijos, al-
gun dinero, y sobre todo mucha
virtud que conservar. Sí, amigo,
ciérrale bien las puertas.

Poniéndose la mano sobre el corazon.
Fernando. Ahora conozco en que esta-
do he puesto á mi amigo.

Eugenio. Ah! Sí; yo era su amigo,
y aun ahora mismo le perdono. Pe-
ro vamos, que todavía no soy dig-
no de compasion. Mira, Pedro: No
Al oido.

sabes que tengo un tesoro? Sí, un
Con una alegría que penetra el alma.

tesoro. El otro dia cavando la tierra
Le lleva á una punta del teatro.

con mis amigos, descubrimos mu-
chos, muchos lotes. En el primero

decia fortuna, orgullo; en otro,
Con acento profundo y melancólico.

Oro, ganancias al juego; y en lo
mas hondo, allá en el último, decia,

providad. Oh! Este estaba muy
escondido: y sabes lo que hicieron

los tontos? Tomaron los primeros, y
Se rie á carcajadas.

me dejaron á mí el último.... Oyes,
que chasco se llevaron? No es ver-

Mirando á Fernando.
dad? Lo sabias tú ya?

Fernando. El me atraviesa el corazon!

Mi llanto....

Eugenio. No llores, Pedro: no amigo
mio: bien que las lágrimas de la
Con dulzura.

amistad son muy dulces. Ellas vi-
vifican, y calientan.... pero las de
un pérfido amigo! Yo no se que
Al decir esto tiembla de frio, y re-
tira la mano, sobre la cual lloraba
Fernando.

frio!... tengo helada esta mano, y
un temblor tan grande! Vámonos,
vámonos, y sobre todo ciérrale bien
Bajo á Fernando.

las puertas....
Quiere irse.

Fernando. Dios mio! Y yo soy el
cruel!...

Eugenio. No, no; tú no eres, amigo
Vuelvese, y dice con dulzura sin mi-
rar á Fernando.

mio, sino es Eugenio que lo ha per-
dido todo, y que debe aun.... que
debe! oh!.... Cuanto me atormenta
esta idea!.... Mira, Pedro.... Yo te
Siempre á Fernando.

ayudaré en tu labranza de noche y
de dia. Y.... yo pagaré... yo paga-

Hace gestos como si estuviera cavando.
ré.... vamos á trabajar, vamos en
busca de nuestros amigos, aque-
llos buenos labradores....

Anda de una parte á otra, y repite
á menudo.

Yo pagaré.

Pedro. Vamos pues: todos le aman á
Vmd., y ya están aguardando: co-
mo se han de alegrar en viéndole
á Vmd.!

Eugenio. Vamos pues... Todos le aman
Repite maquinalmente.

á Vmd.... aguardando.... se han de
alegrar!

Pedro. Hoy es la fiesta de nuestros
amigos, y tendrán bayle á la som-
bra de los nógales. Quiere Vmd. cõl-
mar su alegría? Pues venga Vmd. á
participar de ella.... venga Vmd. á

jugar con ellos.... Sí señor, venga
Vind. á jugar, y siempre estaremos....
Eugenio. Siempre!... á jugar.... ah! Sí,
ya me acuerdo....

*Pedro y Fernando están en la expectati-
va de un nuevo acceso de locura; pero
Eugenio muda de aspecto repentina-
mente: manifiesta una fisonomía risue-
ña, y canta con gracia, bien que con
ayre descompuesto; el siguiente*

(N.º 5.)

RONDÓ.

Beber, jugar,
gozar, no amar;
vé aquí el supremo bien.
Nunca reposo,
vino y amigos,
risas y juegos
hacen dichoso
y yo lo soy también.

*La segunda vez se desentona, deja
caer la cabeza sobre el pecho, se vuel-
ve hácia Fernando sin verle, y cae en
los brazos de Pedro, que le saca de
la Escena para llevarle á su
habitación.*

Fernando. Que situación, Dios mío! y
que lección para mí tan terrible!
Ah! Yo me aborrecería á mí pro-
pio, si no tuviera en el corazón
algunos recuerdos que me consue-
lan. No, no, este corazón no está

Con vivacidad y sentimiento.

cerrado aun á la virtud. La sensibi-
lidad se adormece en el tumulto de
los vanos placeres; pero despierta al
clamor penetrante de la desventura:
sus lágrimas corren, y el velo del
error cae con ellas: sepamos cuanto
antes si Jorge me trae noticias de
aquella desgraciada que he librado
de.... pero alguien se acerca: quié-
nes serán estas mugeres? Huyamos
de su vista

*Se va por la izquierda del Parque.
Se descubren á la derecha del teatro
Clarisa y Matilde, que vienen por el*

*puentecillo: varias Aldeanas las ro-
dean: Matilde, que se descubre
la primera, hace señas á las
Aldeanas de que vengan á
sostener á Clarisa.*

(N.º 6.)

CORO.

Hoy que la aldea
celebra el día
con alegría,
danzas, y juegos,
á nuestros ruegos
llegad, amigas,
de nuestro dueño
con el risueño
rostro amoroso
las tristes lágrimas
á consolar;
que solo, solo
la amistad vuestra
podrá enjugar.

Matilde. Yo agradezco, doncellas
Queriéndolas alejar de Clarisa.
simplecillas y bellas,
vuestro afecto inocente,
que confío pagar.
Vuestra desdicha y nombre

A Clarisa.

les debeis ocultar.
Si vais á nuestra fiesta

Al Coro.

con voluntad honesta

Las hace cortesías.

os prometo pagar.

Clarisa, vuestra pena

*Va á llamar, y sale Madama de la
cabaña.*

pensad en ocultar.

Madama. Es un sueño! mi Clarisa?

Abrazándola.

Las tres. Oh, que dicha! Mas callemos,
su arrojo

y — procuremos

mi culpa,

A media voz.

su

y — dolor encubrir.

mi

Matilde. Dejadnos, labradoras,

ya en fin os podeis ir.

Las tres. Cesen las penas,

su

pues ya — vista

tu

las

vino — lágrimas

mis

á consolar;

que solo, solo

la amistad grata

puede enjugar.

Coro. Quedad, amigas,

Retirándose.

de nuestro dueño

las tristes lágrimas

á consolar;

que solo, solo

la amistad vuestra

puede enjugar.

Se va el Coro.

Madama. En fin, el cielo te devuelve á mis lágrimas, amada Clarisa!

Que prodigio ha podido salvarte de las aguas del Sena?

Clarisa. Un hombre generoso. El cuidado de esta compasiva muger, un

Por Matilde.

asilo escondido y un largo delirio han encubierto mi retorno á la vida.... pero esta vida es un beneficio mas cruel que la muerte.

(Nº 7.)

Matilde. Vaya! Siempre llorando. Vamos, ánimo: en su edad de Vmd. con buenos parientes, buenos amigos, y un buen marido.... que dia-

A Madama.

blo.... No es verdad Vmd., señora? Para todo hay remedio. Yo apuesto á que el marido de su merced, á pesar de todo, es muy hombre de bien; y en viéndola así.... vamos que aun tendrá algun recurso? y sobre todo un buen corazon.... no es verdad Vmd.? Vaya, dígame Vmd.

á donde está. Yo he venido aquí á la propia casa de su hermana con la esperanza de hallarle en ella, porque sé que es el único apoyo que le queda: vaya pues, señora, donde está? No es verdad Vmd. que está aquí?

Madama. Y quien mas que yo le hubiera

Con mucho embarazo.

recogido en su desgracia y su abandono?

Clarisa. Cielos! Está aquí Eugenio?

Quiere irse.

Matilde. Jesus, cuanto me alegro! Oh!..

Vamos, señorita, basta ya de en-

A Clarisa.

fado, basta ya: y á que es hacer la desdenosa, si la alteracion del color, la turbacion, los ojos y todo está diciendo que ese corazoncito perdona? Con todo, esta señorita, aquí donde Vmd. la vé, tan finita y tan delicadita, tiene una cabecita bien dura; y á pesar de mis ruegos no habia forma.... por fin la reduje á que viniera á ver....

Clarisa. A mi hermana.

Madama. Y tambien á tu esposo; él vendrá á este sitio á las dos en pun-

Suspirando.

to, y vendrá infaliblemente, porque jamas falta. Hermana, es fuer-

Procurando ocultar su turbacion.

za prepararle para que te vea, y lo has de hacer tú misma: tu abatimiento, tu palidez serian á proposito....

Matilde. Toma! Pues si la hubiera Vmd. visto en estos quince dias! Vamos, que el corazon mas duro se hubiera enternecido! Figúrese Vmd. que la traen á mi casa á mas de media noche, como una muerta, en brazos de un señor, muy buen mozo, y de su mismo postillon, el cual señor se habia echado al rio para sacarla de él: apenas me lo dijo, corro y le abrazo como una lo-

ca un millón de veces; porque vamos, una buena acción no hay con que pagarla. Pues como digo, este buen señor la pone en mi cama, me encarga su salud, y saca un bolsillo rebosando plata, como para pagarme los gastos que hiciera nuestra enferma; pero Matilde en estos lances no necesita más que de éste, y

Señalándose el corazón.
gracias á Dios estoy bien rica. Á fuerza de remedios empezó á respirar al segundo día. Yo la pregunté si tenía parientes; pero no la pude sacar ni una palabra: ya se vé, la pobrecilla había padecido tanto! Un sobreescrito fingido, un nombre falso... menos; ningún indicio de quien era... Eh! Véame Vmd. aquí hecha madre por fuerza, ó por mejor decir.

Con ternura.
Con ternura.
cir, por inclinación. En fin, ayer recobró el uso de su lengua, después de tanto tiempo; entonces la obligué á que me contase su desgracia, su verdadero nombre, y me rogó por último, que la trajese á Mantes á casa de su hermana, donde en este momento rebosan la alegría y el llanto por mis ojos.

Abraza á Clarisa.

Madama. Escelente muger! Pero ese caballero mozo...

Matilde. Jamas quiso decirnos su nombre; pero ha cuidado de ella, como si fuera un hermano suyo. Todos los días caminaba tres leguas por verla, y muchas veces no lo conseguía. También ha hecho mil averiguaciones para saber quien era; pero el nombre supuesto... en fin, dinero, cuidado, atención, idas y venidas, señora, todo. Ah! si aquel caballero pierde algun día sus amigos... yo respondo de su buen corazón, como del de su marido de Vmd.

Madama. Sí, amiga, él es muy digno

Á Clarisa.

de perdon y piedad; presto te vencerás de ello.

Matilde. Sí? Pues vamos á verle... donde está? Vaya, venga Vmd.

Cogiendo por la mano á Clarisa.

Sale Pedro. Su hermano de Vmd. viene ya; yo iba á abrirle.... No ten-

Madama le hace señas de que calle.

ga Vmd. miedo, que no hace daño á las mugeres. Poco tiempo ha que ha pasado el buen hombre por el bosquecillo, y al verme ha empezado á gritar; Pedro, Pedro, ves aquellos cipreses? Pues él los ha plantado: en aquel mismo punto, viéndolo desde lejos á estas señoras, se empezó á sonreír, lo dejó todo, y viene hacia aquí. Mas hele allí junto á la cascada: hele allí.

Indica el fondo de la Escena y la columna de agua.

(N.º 8.)

QUINTETO.

Madama. Calla, calla, indiscreto.

Matilde y Clarisa. Qué será este secreto?

Madama. Oh Dios! vé allí mi hermano!

Clarisa. Que has dicho?... Ay! ya leví como arrastra los pasos!

Tiembra al verle.

como calla y suspira!
con que dolor nos mira,
y viene el triste aquí!

Yo voy.

Madama. Detente, hermana, cúbrete. Ya es preciso romper este secreto.

Baja el velo de Clarisa.

Clarisa y Matilde. Qué será este secreto?

Eugenio, clavados los ojos en el cielo, y con apariencias de tranquilidad y placer, baja al teatro, unas veces besando la carta de Clarisa, otras mirando al río, otras sonriéndose, otras llorando, y las rodillas débiles y trémulas: repentinamente vé á Clarisa en un extremo del teatro, y canta.

Eugenio. Allí está, como ayer, la som-
bra cara
de mi perdida esposa,
mas visible, mas clara,
y para mi tormento mas hermosa:
Mas hoy en vano, en vano
mis tristes ojos engañar quisiste;
allí te espero, pues allí moriste.

Indicando el rio.

Clarisa y Matilde. Oh cielo, que delira!
otro desventurado!

Mírale

Pedro y Madama. ——— cual delira

Miradle
aquel desventurado!

Madama. Tu pérdida suspira,

A Clarisa.

y enloqueció al dolor.

Clarisa. A qué precio ha comprado

Fuera de sí.

su perdon y mi amor!

Todos. Fernando, está en tu obra.

Eugenio. Á ese nombre la rabia
me inflama en nuevo ardor.

Eugenio corre de una parte á otra, y
los demas huyen espantados.

No es él? Padres, esposos,
huid de él con horror.

Se arranca los cabellos, anda fuera
de sí, y dá golpes al ayre, como si
los diera en Fernando.

Todos. Huyamos de su rabia,
huyamos su furor.

Madama. Clarisa mia, él está inca-
paz de oir ni entender cosa algu-
na, ántes de la hora en que te
busca por el rio: no perdamos este
momento tan precioso, y sigue un
proyecto que los cielos me inspiran.

Clarisa. Y podré yo hacerlo, Dios mio!

Madama se retira al foro con Matil-
de y Pedro, y desde allí observan
con cuidado.

Eugenio. Sombra de Clarisa, que todos
los dias me apareces en esta orilla,

A Clarisa.

y pasas como un sueño! Detente

hoy un solo instante para que yo
me justifique. Tú me oirás, Clarisa!

*La mira con veneracion, y sin osar
llegar á ella; la situacion de cada
uno es á las puntas del teatro.*

tú me oirás! Aquellos hombres pér-
fidos no saben mas que castigar....
pero las mugeres, sombra de mi

Con ternura.

Clarisa, las mugeres padecen y per-
donan.

Clarisa. Sí, sí, es verdad, padecen
y perdonan.

Con sensibilidad y viveza.

Eugenio. Loco me llamaban aquellos
hombres que se debaten y se devo-
ran en la espaciosa cárcel del mundo;

Indicando su pavelon.

mas en la mia, la buena fe, la
desventura, la razon.... Escucha y
te diré mi crimen. Una noche me

Los sollozos ahogan su voz.

propusieron un viaje... un lance de
fortuna... la felicidad de mi Clari-
sa... muy á lo lejos... me hicieron
ver un paysage tranquilo y risue-
ño... una senda matizada de rosas...
minas de oro aquí y allí... para lle-
gar era preciso hacer treinta y una...
leguas de camino... aguarda... trein-

Dando un grito.

ta y una! Este número está im-
preso con caracteres de fuego en mi
frente! Empiezo á caminar en com-
pañía de mis falsos amigos, y me
entrego á ellos con seguridad y
confianza... Pero á muy poco tiem-
po unos me acometen, otros me ha-
cen pasar del término de mi via-
je... me maltratan, me roban; pier-
do en fin á Clarisa, vuelvo en mí, y
me hallo sin hacienda, sin mi po-

Desesperado y fuera de sí.

bre hijo, y sin mi muger. Y bien!
Ellos me asesinaron, y á mí me

Despues de una gran pausa.

acusan! Pero no importa; aun ten-
go en mi poder todos los verdade-

ros bienes... tus cartas... tu retrato...

Clarisa. Con que Eugenio me amaba!

Eugenio. Todos los bienes! Y Adolfo?

Con sonrisa y tranquilidad.

Adolfo está en el cielo al lado de Clarisa.

Clarisa. Ah cruel! Mi sueño no es tan

Aparte exclamando dolorosamente.

lisongero como el tuyo.

Eugenio. Silencio: allí está... no le ves

Interrumpiéndola.

allí á nuestro hijo? Mira, cual se sonríe, y cual nos quiere unir con sus manitas cariñosas: escucha lo que dice: Madre mía, perdona á mi padre! perdónale, que fué engañado! si tu supieras cuánto nos amaba! Sí, madre mía, perdona á mi padre....

Se pone de rodillas.

Clarisa. No, yo no puedo mas; mi corazón me arrastra.

Al decir esto levanta el velo que la cubre y quiere abrazar con precipitación á Eugenio; pero al primer paso dá el reloj las dos con un sonido lúgubre, y fuerte: Eugenio se estremeció, y cambia de color: Madama Volmar ase de un brazo á Clarisa, y la lleva por fuerza hácia el foro.

(Nº 9.)

FINAL.

Eugenio. La hora es esta en que aguardo mi Clarisa,

y en que las ondas de este puro río me la devolverán: mi alma se lanza ante la imagen de su cuerpo frío: mi inquietud amorosa....

ese campo á mis ojos mas ameno;

el cielo mas sereno...

Oh! sí, todo me anuncia en dulce risa,

que hoy la veré de nuevo á mi Clarisa!

Clarisa se apoya en los brazos de Madama Volmar, Pedro y Matilde al lado de ella, Aleanas en el foro observando con mucha atencion.

Venid

Clarisa. infelice,

Vamos

pues calmó su pena impía, y haga el cielo en este día la ventura renacer:

su

todo anuncia que tu esposo

mi

la

te podrá reconocer.

me

Eugenio. Todo anuncia que á mi esposa

hoy mismo volveré á ver.

Madama. Tus ojos, tu dulce acento calmen su duro tormento, vuelvan á su alma el placer.

Madama quita el velo á Clarisa, también el sombrerillo, y la lleva junto á la urna: Eugenio se acerca á la orilla del agua, á la punta del teatro, á la izquierda.

Eugenio. Justo Dios, que ves el llanto con que estas orillas riego, oye con piedad mi ruego, devuélvemela, señor.

A media voz á Clarisa.

Todos. Animo.

Madama. Que la onda pura,

represente tu figura

como en el acerbo día

de tu arrojo y su dolor.

Clarisa sube al montecillo, se pone detrás de la urna, é inclina su cuerpo hácia el río, sosteniéndose en uno de los sauces: ella estará con los cabellos esparcidos, el rostro pálido, un brazo extendido, la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, imitando en fin la actitud de Virginia; despues de su muerte, en la Novela de

Pablo y Virginia.

Eugenio. Oh cielo! es ella!

Mira el agua en que se vé la imá-
gen de Clarisa, y dá un grito.
inaninada....

mi esposa amada
tiende la bella
misera mano
clamando ayuda.

Clarisa. Eugenio!

No pudiendo contenerse.

Eugenio. Es ella!
no tengo duda.

Con un grito penetrante.

Eugenio, que oye la voz de su muger,
retrocede primero con la mano en la
frente, despues se precipita hácia la ori-
lla, en que encuentra á Clarisa que se
ha puesto en ella de rodillas, para se-
guir la idea de que Eugenio la saca del
rio: éste la recoge en sus brazos, la
saca hasta la mitad del teatro, y
cae en brazos de los labradores
desfallecido.

CORO.

En que estado le ponen sus penas!
El se abrasa, palpita y suspira,
arde el fuego de amor en sus venas,
y una mano celeste retira
el cendal que cubrió su razon.

La música denota la alteracion y el
desórden de sus ideas, y despues la
tranquilidad y el órden que adquieren
progresivamente.

Eugenio. No os abrais á la luz, ojos mios,
Con voz débil.

y dejadme en mi dulce ilusion. Yo
la toco.

Madama. Su pecho!
Poniendo la mano de Eugenio sobre
el corazon de Clarisa.

Eugenio. Ay que es ella!

Madama. Y su aliento....

Acercándola á él.

Eugenio. Me inflama.... y es de ella.

Clarisa. Y su voz....

Eugenio. Yo la oigo! y es ella.

La mano en el corazon.

Todos. Vedla pues.

Eugenio. Oh Dios mio! Que es ella.

Abre los ojos, tiembla, y se echa en
sus brazos.

Matilde. } Oh! que dichosa cura!

Pedro. } ya la razon le inspira;

Madama. } y la nuestra se admira

Clarisa. } de verle con razon.

Aldeanos y Aldeanas. Con que ya no
hay locura

y su muger respira?

El amor les inspira;

y él cobró su razon.

Fernando y Jorge. Qué es esto? Qué
aventura!

Detras de todos.

su Clarisa respira!

Y es ella? Jorge, mira,

tú tenias razon.

Eugenio. Como! tú aquí, malvado,

Ahora le vé.

autor del llanto nuestro
tus armas....

Al oido á Fernando.

Fernando. Ya las muestro:

Con alteracion.

mis armas.... éstas son.

Sonriéndose, y señala á Clarisa, y
su corazon.

mi

Clarisa y Matilde. Ah! — libertador!

su

Reconociendo á Fernando.

Todos. El su libertador!

Clarisa. Por que aventura singular ha
querido el cielo, que el autor de
nuestras desgracias, lo sea tambien
de mi ventura y de mi salvacion?

Fernando. Para daros á conocer que los
vicios de la juventud y del mundo,
no son los vicios de mi corazon: que
se puede ser aturdido, jugador, cra-
pulosos, y un compuesto en fin de
diversas pasiones; pero al mismo
tiempo delicado en su proceder, ge-
neroso con todos, tierno con sus ami-
gos, y capaz de caminar por ellos á
la muerte, lo mismo que al placer.

Clarisa. Amigo mio, yo le debo la vi-

A Eugenio.

da: olvidémoslo todo, á escepcion de esta leccion terrible, y de la gratitud que le debemos.

Por Fernando.

Eugenio. Mis deudas.... Yo pagaré, yo
Con el mismo tono que cuando deliraba.
pagaré.

Fernando. Ah! No repitas esa palabra!

Enternecido.

Si la casualidad me hizo poseedor de la deuda del juego; vé aquí la deuda de la amistad. Yo venia á

Rompiendo unos papeles.

satisfacerla, rompiendo tus escrituras y recibos, cuando....

Matilde. No se lo decia yo á Vmd. que

Abrazando á Fernando.

era un hombre de bien? Un hombre que siente, que quiere á sus amigos, y capaz de hacer un favor? Es un poquillo loco; y qué importa? Mas quiero yo uno de estos loquillos, que no aquellos hombres puestos á helar, muy si señor, muy

serios, y muy frios, que no han hecho en su vida ni bien ni mal: yo le perdono como si fuera un hijo mio: Vmds. tambien le perdonan; no es esto?

Madama. Yo me encargo de todo.... Mi
A Fernando que da á entender que
reusa la oferta.

delicadeza.... mi hacienda.

A Clarisa y Eugenio.

Eugenio. Y para que la necesito ya? No tengo yo conmigo los verdaderos bienes, una virtuosa muger, una hermana querida, y un verdadero amigo?

Los abraza á todos.

(Nº 10.)

CORO GENERAL.

Que no haya mas juegos,
amantes esposos,
que los venturosos
de amor y amistad;
que haciendo felices,
gana el hombre justo,
sin crimen ni susto,
la felicidad.

DEL DELIRIO.

(Nº 1.)

Aldeanos y Aldeanas.

El placer de la paz presida
en la fiesta de nuestra aldea,
cantar, baylar, beber,
y todo gusto sea.

Uno. Seis. Jugando.

Otro. Cuatro á tierra. Idem á las bolas.

Otro. Rey. Idem á las cartas.

Otro. As. Idem.

Otro. Quien venturoso quiera ser
en cualquier juego,
debe una hermosa compañera
si, si luego escoger.

Otro. Bebed, amigos míos,
y el vino corra.

Todos. Bebed, jugad, cantad,
baylad, viva el placer.
Ah! proseguid, viva el placer;
del dulce amor
gozemos pues
en fiel cadena.

Sale Madama. Idos de aquí
por Dios, amigos míos;
no mas jugar hoy aquí.
Eugenio desgraciado,
en penas sepultado,
allí llora una Esposa
objeto de su amor,
que la muerte horrorosa
sin piedad le quitó:
qué de males padece!
marchad, que en cualquier hombre
solo ve un jugador,
y pierde la razon,
la naturaleza aborrece.

Coro. Perdon si hicimos mal
en aumentar hoy su aficcion.

Madama. } Idos por Dios, al punto ba-
jará.

Coro..... } Su dolor y su llanto.

Madama. } Temed pues su furor.

Coro..... } Perdon, perdon.

Madama. } Temed de irritar su dolor.

Coro..... } Dejémosle y vamonos.

Vanse los Payos.

(Nº 2.)

Jorge. La juventud es siempre loca,
mas debe perdonarse su locura.
Se ven tantas damas muy bellas,
y se ven sus maridos al juego
que cuando pierden pegan con ellas!
mas el Birlan que tanto os divierte
os ha tratado muy mal, señor;
el jugar y el amar á un tiempo roban
el dinero y el corazon;
mas si pasan amor y suerte,
todos huyen del jugador.
Dice la dama, *yo paso:*
y el que juega os dice, *no voy.*
Casaos, pues que lo deseo:
un buen amigo y un buen amor
vale mas que el Birlan y la Banca,
que falso amigo y falso amor.
Señor, este mundo es un juego,
donde hay bueno, hay malo y peor:
el placer siempre dice, *yo paso;*
mas el honor siempre dice, *yo voy.*
Ah! amo mi, escuchad, escuchad;
si, casaos; y lo deseo:
que una muger es lo mejor. Pues...
El Birlan que tanto os divierte,
os ha tratado muy mal señor. *Vase.*

(Nº 3.)

Madam. Blanco jazmin y placentera rosa
son los testigos de su dolor.
El aura siente en su pena,
suspira si ve el rocío;
él llora su amor:
si brilla el sol, es luz
que alumbra el vicio:
la bella noche mira con horror:
muere la flor y es el fin de Clarisa;
el cielo en fin le dá miedo y pavor;
la virtud ama aun cuando delira:
y tu no sabes mas que aborrecer.

(Nº 4.)

Eugenio. Allí: si, ella vendrá
cuando el agua me la devuelva.
Allí; si: y todos tres
nos debemos unir:
el mármol fatal
ardará sin fin.
Oh! Dios! la piedra quema,
mi ardor la pudo ya inflamar.
El alma de Clarisa es que sube al cielo;
ya te sigo.
Que prados amenos!
Corre el agua de flor en flor,
y es el llanto del inocente amor;
la amistad del mortal
recoge el llanto y lo derrama aquí.
Que portento! oh Dios mio!
que mi Clarisa en fin,
sale del mismo rio!
Ah! si es el hombre venturoso,
es donde está con su amada;
y si puede ser dichoso,
lo ha de ser en la morada
de la inocencia y amor.
Ah! si están con el Dios que imploro
el candor y la hermosura,
allí veré la que adoro:
Despues del padecer,
allí á mi esposa la debo ver.
En el viento escuché
resonar su dulce voz,
su voz amante,

su voz que me llama,
ella es... yo la ví...
oh Dios! aquí está.
Esposa... Clarisa... hijo mio...
allí, los dos, están... Clarisa.

(Nº 5.)

Eugenio. Siempre Jugar,
beber y amar,
es el placer supremo;
juego y amor,
hacen feliz,
y yo lo soy
con estremo.

(Nº 6.)

Aldeanas. Si venis á la fiesta del día,
llegad con libertad,
llegad á aumentar la alegría,
que nuestra ama en su desconsuelo,
necesita de algun consuelo;
llegad con libertad, llegad
á aumentar la alegría;
solo podrá consolar
su dolor vuestra amistad.
Matilde. Yo agradezco el favor,
el favor singular;
algun dia podré
tal vez recompensar
vuestro amor y amistad.
Si á mi pueblo venis,
el honor que me haceis
os prometo pagar.
Que no sepan quien sois: *Á Clarisa.*
será grato á mi corazon *Á las payas.*
de vuestro amor, vuestro favor,
el afecto recompensar;
venid, que esto es lo que interesa: *Á*

(Clarisa.)

y vuestro esposo aquí ha de estar.

Sale Madama Volmar.

Madama. Es un sueño! Clarisa! que pla-

Matilde y Clarisa. Que placer! (cer!

Madama. Chis. Ocultemos á estas gentes
su desventura.

Matilde. Su dolor y pesar.

Clarisa. Oh Dios!

Matilde. Andad.

Madama. Andad hermosas payas.

Matilde. Que quiero hablar con libertad á la señora.

Coro. Perdon y vamonos,

quedad con libertad

á aumentar la alegría.

Mad. y Mat. { Si ; solo podrá consolar

Coro...... { Solo podrá consolar

Mad. y Mat. { Sudolor nuestra amistad.

Coro...... { Su dolor vuestra amistad.

Mad. { Marchad , marchad ;

Mat. { andad , marcharos ya ;

Coro. { vamonos ya y respetemos la amistad.

(N^o 7.)

Clarisa. No ; no hay esperanza para mí,

pues ya por siempre le perdí:

si, el ingrato, el perjuro

se burló del amor mas puro ;

fue á mi corazon

y á mi pasion infiel ;

aquel por quien vierto mi llanto,

de mi amor el objeto fue,

en él mi dicha y vida estaba,

y me faltó todo por él.

Era mi espóso, era mi amor,

en él hallaba solo mi placer ;

su amor, su amistad perdí.

Oh Dios que pena!

y no me queda que perder:

fue á mi corazon

y á mi pasion infiel ;

si, si, le perdí, no hay esperanza,

no hay ya esperanza para mí.

(N^o 8.)

QUINTETO.

Clar. y Mat. Dios! que será este secreto!

Madama. Hombre necio é indiscreto,

tu debias guardar secreto.

Clarisa. Habla: cual es pues el secreto?

Muda. Ah! vele allí mi triste hermano.

Clarisa. Ah! ya le vi; y su pie cansado

arrastra; ya llega aquí: qué silencio!

Ah! yo voy, dejame.

Madama. Tente pues, triste hermana,
y cubrete.

Los tres. { Todo me dá temor.

Clarisa. { Ah! cual será su secreto!

Todos. Yo palpito, y yo tiemblo,

todo me dá temor.

Sale Eugenio. Allí está.

Los cuatro. Ah!

Eugenio. Como ayer la sombra de Clarisa,

de mi esposa, y para mi dolor,

hoy mas hermosa.

Mas ay! que en vano tú,

engañarme quisiste;

allí te espero, pues allí moriste.

Clarisa. { Dios! cual sufre, cual penal

Los tres. { Ah! ya veis como pena.

Eugenio. { No envano tu,

Los cuatro. { El dolor le enagena.

Eugenio. { Me quieres engañar.

Clarisa. { Acompañe mi llanto su dolor y

(quebranto.

Las dos. { De tu amor nació su llanto.

Pedro. { El amor causó su llanto.

Eugenio. { Moriste allí, y solo allí te de-

bo encontrar.

Mad. Tu muerte le hizo delirar. *A Clar.*

Clarisa. Ah! yo preferiré su crimen,

á verle sufrir y penar. (tigar.

Los cuatro. Fernando, el cielo te debe cas-

Eugenio. Fernando! que nombre!

él inflama mi rabia. (peranza.

Los cuatro. { Ah! santo Dios sostén mi es-

Eugenio. { El está aquí el vil traydor.

Los cuatro. { Oh Dios! que furor!

Eugenio. { Temblad de aquel traydor.

Eugenio. El está aquí, temblad.

Los cuatro. { Justo Dios aplacad su furor.

Eugenio. { Padres huid de aquel tray-

dor.

Los cuatro. { Aplacad su terrible furor.

Eugenio. { Hijos huid de aquel traydor.

su

Los cuatro. { Dios! ten piedad de—dolor.

mi

Eugenio. { No haya piedad, llegad y a-

yudad mi furor.

Los cuatro. { Cielos! (furor.

Eugenio. { Llegad, herid y ayudad mi

(Nº 9.)

SÉXTETO.

Eugenio. La hora es esta
en que veré al dueño mio,
cuando el placido rio,
su imagen me dará;
ah! que ya mi corazon se lanza
á recibir á su beldad.

Madama. Ven, recobra aliento.

Eugenio. El cielo sereno, y el verde campo
mas ameno,

Eugenio.. { Todo me anuncia que Clarisa
volverá.

Mad. }
Mat. } { Si te vé, con tu amor su do-
Pedr. } { lor calmará.

Los tres. Ya lloró, ya penó su pasion fa-
tal.

Clarisa.. { Desgraciada Clarisa! aun te
queda que llorar.

Los tres. } Y tu amor el perdon le debe
dar.

Madama. Con tu rostro y tu voz que
amaba tanto,
su pena y llanto debes tú consolar.

Eugenio. Justo Dios! que vés mi llanto y
mi pasion!

oye, señor, mi humilde ruego:
ten ya piedad de mi error ciego,
y á mi Clarisa vuélveme á dar.

Todos. Piedad, señor.

*Aquí la ponen á Clarisa en la acti-
tud de Virginia, despues de su
muerte.*

Eugenio. Gran Dios! es ella inanimada!

Oh Dios! como se agita,

y me tiende los brazos! Esposa!

Clarisa. Eugenio! dulce bien!

Eugenio. Es ella... es un sueño!

Aquí la coje en brazos y se desmaya.

Coro. Oh! cuan cruel su pasion
le maltrata! el dolor

su sentido arrebató,
y el amor parece que rompe,
el velo espeso que cubrió su razon;
todo él se abrasa en nuevo ardor.

Eugenio. No os abrais oh tristes ojos!
y dejadme en mi error;
yo la toco.

Madama. Su pecho, su aliento...
Poniendole la mano.

Eugenio. El me inflama; y es ella.

Clarisa. Su voz....

Eugenio. Ya la escuché: y es ella.

Todos. Miradla pues.

Eugenio. Tambien es ella.

Coro. Ah! que placer!

Salen Fernando y Jorge recatandose.
que cobró su perdido bien,

la paz y la razon;

su esposa respira,

y el amor le inspira.

Jorge. Si, ella es: y tenias razon;
es su esposa: y él cobró su perdida
razon.

Eugenio. Ah! vos aquí! *A Fernando.*
autor de mi desgracia!

Clarisa. Es mi libertador.

Eugenio. Tu libertador!

Todos. Su libertador.

(Nº 10.)

FINAL.

Coro. Que vuestra union haga eterna a-
mor,

y sed dichosos con su favor.

No mas juegos, que los de amor
en dulce calma;

que pierde su reposo el alma,
sin virtud y sin amor:

huid la senda del error.

Siempre dichosos,

amantes esposos,

gozad del placer de amor.

F I N.